

Descifrando las Cifras

Los Resultados del Cuarto Estudio del Conace

Si se las mira por separado, las cifras que hablan de un sostenido aumento del consumo de drogas ilícitas en el país, entre ellas marihuana, cocaína y pasta base, no dicen mucho. Sin embargo, cuando se conocen las historias que se esconden tras ellas, la cosa cambia y terminan por hacerse absolutamente estremecedora sus implicancias y consecuencias.

La droga ya no discrimina entre sexos, edad o condición social. Porque si antes prevalecía un mayor consumo entre hombres que en mujeres, si hace años atrás este vicio empezaba alrededor de los 17 años y atacaba con mayor fuerza a los sectores más pobres, hoy se ve por igual en ambos sexos (en el grupo etario de los menores, esto es entre 12 y 18 años) La edad de iniciación se ha desplazado a los 13 años e in-

La droga ya no discrimina entre sexos, edad o condición social.

cluso se ve cocaína en la periferia de la ciudad y pasta base en los sectores altos.

Es lo que archienemigos de este flagelo —los diputados Jaime Orpí y Alberto Espina— llaman el desbande de las sustancias ilícitas que no se compadecen por nada ni nadie y que amenazan con tomarse el país si no se le pone pronto atajo.

“La droga está desatada. Estamos como Colombia de hace diez años atrás y si no la frenamos, vamos a terminar igual que ellos”, sentencia Orpí.

Para probar sus dichos se remite a los hechos. “Antes éramos un país de paso, hoy somos una nación de consumidores y para efectos de la droga da lo mismo ser consumidor o productor”.

Lo apoya de cerca Espina: “Hoy estamos de lleno en el microtráfico y lo peor de todo, los inescrupulosos de este negocio se valen de que no sabemos cómo educar a nuestros hijos para enfrentar este tema”.

Consecuencias a la vista

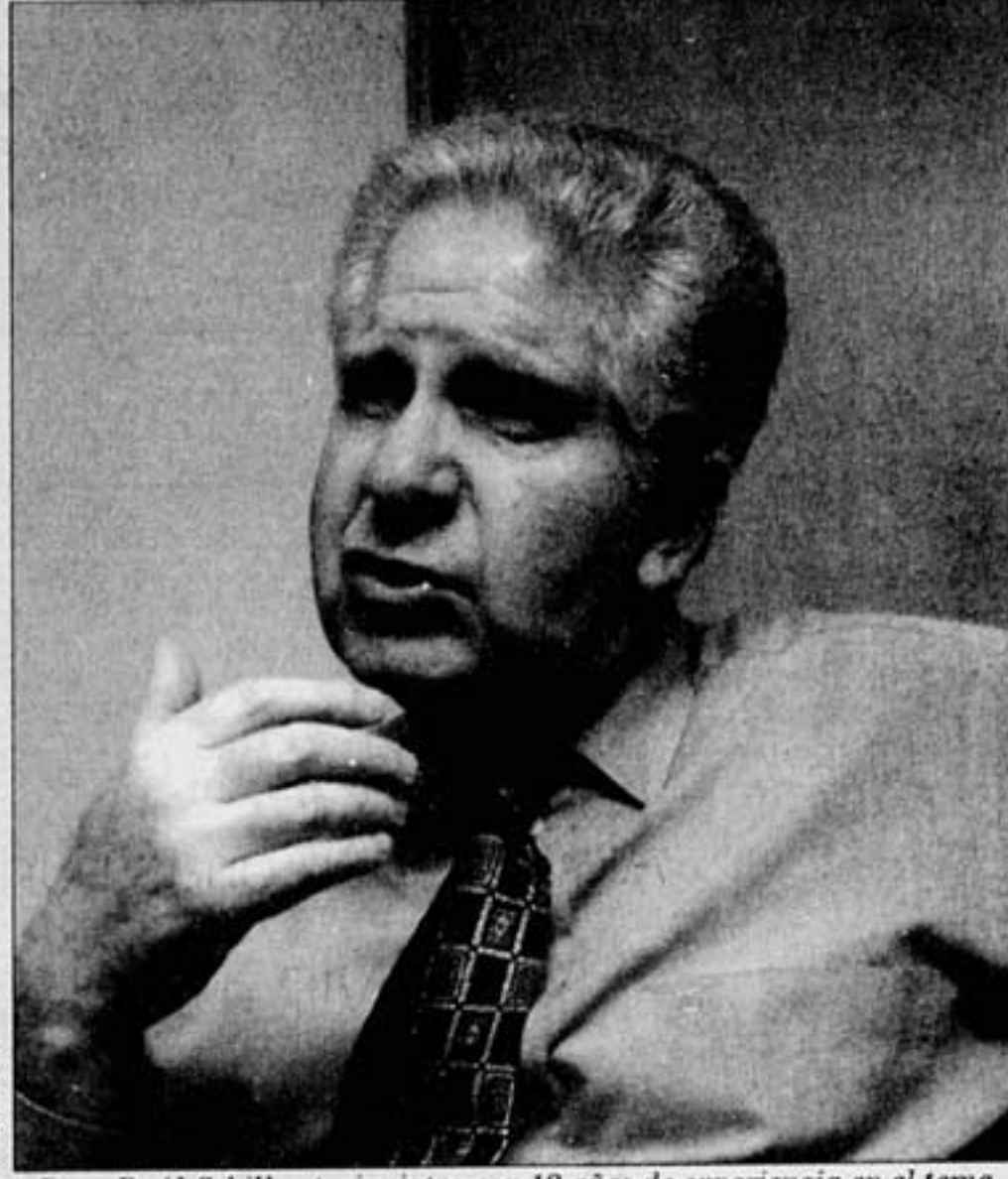
Lo dice el cuarto estudio del consumo de drogas en el país que realiza desde 1994 y cada dos años la Conace (Comisión Nacional Para el Control de Estupefacientes) y lo confirman hechos de esta semana que hablan de la detención de un niño de 13 años sorprendido por la policía portando cinco kilos de pasta base, de las amenazas que siguen recibiendo algunos parlamentarios por denunciar a los mercaderes de este negocio y la puesta en libertad de una de las

La droga está entre nosotros y así permanecerá hasta que no se encauce el rumbo para combatirla. Mientras ello sucede, intentamos analizar por qué tenemos los resultados que tenemos a la vez de re-descubrir el lado humano de los números.

Por CONSTANZE KERBER S.



La secretaria ejecutiva del Conace, María Teresa Chadwick, reconoce falta de fondos en la lucha. No por ello, sin embargo, le quita peso a lo que se ha hecho.



Para Raúl Schilkut, siquiatra con 12 años de experiencia en el tema, mientras no exista una política clara estamos en pañales frente a la droga.

principales bandas de narcotraficantes de Colina, los mismos que después amedrentan a sus perseguidores, no obstante tener condena anterior y existir pruebas de que traficaban 10 kilos de droga cada 15 días.

Por eso preocupan los resul-

“Hoy ya no se trata de que alguien consuma por ahí. A diferencia de hace algunos años, ahora lo hace el hermano de la amiga, el primo del vecino y el amigo del amigo”, afirma el siquiatra Raúl Schilkut.

tados. En números redondos hoy hay 213 mil jóvenes (19-25 años), 120 mil menores (12-18 años) y 112 mil jóvenes adultos (26-34 años) que declaran consumir alguna droga ilícita. Esto equivale a decir que si hace dos años cinco de cada cien chilenos reconocían ese nocivo hábito, hoy ya lo hacen un poco más de seis, cuya preferencia sigue siendo la marihuana (casi el 90% de los consumidores chilenos declara haberla fumado en el último año) y los que declaran tener una percepción de oferta mucho más a su alcance que antes.

Este último fenómeno es uno de los que más preocupan al siquiatra Raúl Schilkut.

“Hoy ya no se trata de que alguien consuma por ahí. A diferencia de hace algunos años, ahora lo hace el hermano de la amiga, el primo del vecino y el amigo del amigo”.

De aquí que para él, quien se ha dedicado en los últimos doce años a la rehabilitación de pacientes adictos, estamos en presencia de una epidemia que cada día contagia a más personas y a más temprana edad. Y esto partiendo ya desde el alcohol que, a su juicio, es el primer eslabón en el ciclo de la droga y que hace que las consecuencias también sean distintas, porque el sistema nervioso de un niño en desarrollo es distinto al de un adulto.

“En este caso, la enfermedad se desarrolla más rápido. Lo que en un adulto puede demostrar hasta 10 años en transformarlo en dependiente, en un joven sólo tarda de dos a tres años”, explica el especialista.

Aparejado a esto, también aumenta la impulsividad y con ella el riesgo de participar en accidentes y experimentar conductas más violentas o autogresivas.

“El problema es que bajo el

Consumo Escolar

Y a ni los colegios se salvan de la droga y no es que éste sea un cuento demasiado nuevo. Pero bastó que el diputado Espina diera a conocer un listado de 43 establecimientos involucrados en el problema —a los que ya se suman otros 30— para que todos pusieran el grito en el cielo. Desde los padres, pasando por los profesores, hasta llegar a los propios alumnos, muchos de los cuales alegan inocencia absoluta.

Si bien en su Oficina de Fiscalización Contra la Delincuencia (Ficed) cuentan que al comienzo todo fue negación y rechazo de parte de los participantes del asunto, con el tiempo algunos directores de colegios incluso los han llegado a llamar para agradecerles la denuncia. Como lo hizo la directora del colegio Los Alpes, uno de los mejores de la ciudad satélite de Maipú, quien motivada por la denuncia y apoyada por el Conace y el OS-7 impartió un ciclo de conferencias preventivas en torno al tema.

La razón de esta respuesta, así como la

de la directora del Internado Nacional Femenino, quien también llamó para agradecer y asegurar que tomaría las medidas del caso, es simple: los colegios que aparecieron en el listado publicado por el Ficed —algunos modestos y otros más pudientes también—, ahora son los más seguros de Santiago. La explicación para esto es aún más sencilla: los narcotraficantes no se van a atrever a acercarse tan luego ahora que se saben vigilados.

Deborah Kenrik, abogada jefe del Ficed, cuenta cómo operaban los “dealers” antes de que quedaran al descubierto y cómo lo siguen haciendo en establecimientos que aún permanecen en la impunidad de la ignorancia.

“A través de las denuncias que a diario recibimos, hemos podido establecer un patrón de conducta. Por lo general se instalan en las cercanías de los colegios, para lo cual se valen de lo que encuentran a su paso: plazas, locales comerciales y hasta los propios quioscos de dulces”.

Con esta mecánica no sólo logran introducir su mercancía en las afueras del cole-

gio sino que a veces, y si encuentran un incauto, pueden llegar a meter su carga en las mismas aulas, haciéndose valer del popular seis por cinco que no es más que entregarle un “pito” de regalo por cada cinco que el inocente alumno logre vender entre sus compañeros.

“Así se hacen de una clientela y pueden tener acceso a los más grandes también”, comenta un ex drogadicto en rehabilitación, quien actualmente asiste a colegios a dar charlas preventivas.

El regalo de muestras también es frecuente. Así, se da mucho que los “dealers” regalen dosis de droga, las cuales, de ser abundantes en un comienzo, luego van disminuyendo en gramos y calidad.

Aunque hasta el momento no se ha podido comprobar la veracidad de un mensaje que alerta sobre el regalo de tatuajes, los que tras sus atractivas figuras esconderían ácido que se traspasaría a través de la piel a los niños que se los peguen —quienes caerían presa de una agitación extrema y alucinaciones—, los expertos llaman a estar atentos.

Las Dos Caras de la Droga

IMPARABLE. “Si no fuera por el tratamiento estaría preso o muerto”.

Así de simple. Así de crudo.

Felipe, 27 años, no vive en una población, tiene una familia bien constituida y jamás tuvo un mal ejemplo de sus padres. Sin embargo, siendo un niño de 13 años, decidió experimentar nuevas sensaciones.

Todo comenzó como un inocente juego, tomando un par de cervezas con un primo en Concepción, su ciudad natal. Sin embargo, lo que en ese momento aparecía como una simple travesura, con los años terminó por transformarse en su peor pesadilla. En medio de ella moriría su primo a causa de un accidente producido por la droga, su madre y su hermano mayor se transformarían en cómplices de su consumo y la relación con su padre terminaría sumida en la más absoluta incomunicación.

“Fue una situación que no fui capaz de parar. Todo fue muy rápido. Un día, cuando tenía 15 años, probé marihuana y a los dos días ya la estaba comprando”.

Cuenta que llegó a probar de todo, incluida la adictiva pasta base, la que si bien fumó un par de veces, no logró prenderlo como si lo hizo la cocaína y como ya lo había hecho la marihuana, la que a los 17 años llegó a fumar cinco veces por día.

La yerba, así como el polvo blanco, lo liberaba de una familia sobreprotectora y le daba algo de la comprensión que buscaba, sin encontrar, en sus padres y en sus dos hermanos, siete y seis años mayores que él.

A esas alturas, Felipe era el líder de su grupo de amigos y éste comenzaba a abrirse a mujeres que hasta ese momento no eran aceptadas en el vicioso círculo. En ese contexto y con-

tando con 18 años, tendría su primera experiencia con la cocaína. Decepcionado en un comienzo, no encontrándole gusto ni sentido, decidió volver a la carga un año después. Las consecuencias fueron devastadoras. No sólo le gustó y se hizo adicto a ella consumiendo 5 gramos diarios, sino que llegó a traficar para conseguir más. Y es que para ese entonces, él ya estaba en la curva decreciente de la que hablan los especialistas y que se produce cuando, alcanzado cierto nivel de consumo, ya no se consiguen nuevos efectos y los que se obtienen son cada vez más fugaces.

Ni la botella de whisky que llegó a tomarse en una noche ni las anfetaminas que lo hacían más resistente para soportar una mayor ingesta de alcohol, lograban calmar la profunda depresión en la que había caído. A los ojos de su familia aparecía como un drogadicto, un cuasi homicida (él iba manejando cuando se produjo el choque en el que murió su primo), y un irresponsable que dejaba embarazada a su polola. Tenía entonces sólo 20 años y un futuro demasiado incierto como para no pedir ayuda.

Con su hijo ya nacido, una estadía en la cárcel a costas (a causa del accidente) y la amenaza de volver a ella después de que su grupo de amigos cayera en una redada y lo denunciara como surtidor de droga, decidió dar un vuelco a su vida.

“Hablé con mis padres y les dije que no podía más. Ahí decidimos mi traslado a Santiago para buscar ayuda”.

Aunque la idea original era venir por seis meses, ya lleva más de siete años en la capital.

La primera experiencia que tuvo con el mundo de la rehabilitación no fue buena. Siguiendo el consejo de

una amiga anoréxica, decidió internarse en una clínica ubicada en Isabel La Católica, la misma donde ella se atendía.

“Era un tratamiento sin pies ni cabeza, recuerda. Nos sacaban a ‘carretear’ en la noche y el doctor tomaba frente a nosotros. Era una terapia de choque —según decía— que nos ayudaría a tomar conciencia de nuestro problema”.

Fue entonces cuando, ya medio desesperado, dio con el doctor Schilkut y su centro para tratar la drogadicción.

Hoy, a poco más de tres años de su alta y una recaída de por medio, revive su experiencia: “Fue duro. Estuve dos meses internado en una clínica para drogadictos y una vez que salí de allí tuve que andar un año y medio con un chaperón que en el único lugar que me dejaba solo era en el baño. Ni manejar plata podía, ya que si la tenía podía comprar droga. En el fondo, me convertí en un niño chico cuando a esas alturas ya tenía dos propios que dependían de mí”.

Aunque fue duro, como él dice, hoy está de vuelta gracias al tratamiento y los 25 millones de pesos que su familia pudo pagar para financiar los dos años que duró. Sacó adelante su carrera de Ingeniería en Ejecución —ahora estudia para titularse de Ingeniero Comercial—, recién dado de alta (en 1997) se casó con su polola y en estos momentos espera el nacimiento de su tercer hijo. La relación con su padre también ha mejorado.

“La droga es contagiosa”

Juan partió en la droga como la mayoría de sus compañeros que hoy se rehabilitan en la “Corporación la Esperanza”, la casa de acogida que hace

seis años fundó el diputado Orpí y que ya atiende a 120 jóvenes.

Su condición es parecida a la de sus pares, y su realidad, muy similar. Miembro de una familia destruida desde su origen, con un padre ausente y alcohólico y una madre que apenas tenía para darles de comer a sus hijos, su ausencia no fue notada cuando él comenzó a faltar a su casa en la población La Victoria.

“Me costó asumir que era drogadicto y más aceptar el terminar en la calle robándole hasta a mi mamá”.

Su iniciación en la droga y su posterior ciclo también fue parecida a la de sus compañeros. Partió por el alcohol, luego siguió con la marihuana —la paraguaya, precisa, que es mucho más adictiva que la que antes circulaba, ya que está prensada con neopren para hacerla más fuerte— y terminó en la pasta base.

Aunque confiesa que probó cocaína y que llegó a mezclarla con pasta base para que cundiera más, lo suyo definitivamente era la pasta. Porque aunque su efecto no era tan prolongado en el tiempo como el de otras drogas duras, era más accesible: hasta 300 pesos por un “papelillo” o “papelina”.

El vicio, sin embargo, tuvo sus costos. De tener un trabajo estable y una vida más o menos trazada, con un hijo en camino incluso, terminó cesante y sumido en el hoyo más negro del que tenga memoria.

“Cuando mi contagio se hizo imparable, decidí renunciar a mi puesto. Trabajaba como vendedor en Ripley y llegué a robar hasta en la tienda para seguir en el vicio. Me puse mentiroso, estaba insoportable”.

Sin trabajo, comenzó a vender su ropa, la que tenía para regodearse, producto de su anterior trabajo en la

multitienda. De cinco pares de zapatillas le quedó uno y de 60 camisas, apenas dos. Al final, y ya consumido el dinero de la venta, era tanta su desesperación por conseguir más droga que, al igual que algunos de sus compañeros, también cayó en la doble condición de ser traficante y consumidor.

“Lo hice por una semana. Por cada cinco papelillos que infiltraba en la población, me regalaban tres”.

Su hijo que en ese entonces ya había nacido y tenía dos años, lo hizo reaccionar. Ya cargaba con una separación a cuestas y no quería dejar sin padre a su primogénito.

“Es tal la angustia que produce la pasta base cuando no se consume, que lo único que uno quiere es morirse”.

Sin más dinero para financiar los cinco “porros” que a diario se fumaba y rehusándose a convertirse en un narcotraficante más de su población, Juan se rehabilitaba o se suicidaba. Optó por el primer camino, convencido de que si bien ya era tarde para recuperarlo a su señora —de la cual se declara absolutamente enamorado y llega hasta el punto de casi llorar— no lo era para recobrar a su hijo.

Hoy, al igual que Felipe, Juan está de vuelta. En el otro extremo de la ciudad y con un tratamiento muchísimo más barato —para él es gratuito—, pero con las mismas ganas de surgir.

Hace meses que está limpio y hace meses también se pregunta qué va a pasar si esto sigue adelante. Ve con tristeza cómo la droga está corrompiendo lo más sagrado de la sociedad: los niños.

“Es cosa de ir a una plaza. Ahora los niños no juegan. En sus ratos libres ‘cranean’ cómo conseguir dinero para seguir financiando el vicio. Así como los adultos nos olvidamos de la familia, a ellos se les olvidó el juego”.



De acuerdo con el cuarto estudio del Conace, el consumo de drogas registró un aumento de 18,27% en el último bienio en el país. Esto quiere decir que más de un millón de chilenos está vulnerable a ellas.

EL MERCURIO

consumo, el joven no madura porque se ve impedido de vivir experiencias lúcidas que son indispensables para su maduración", asevera el facultativo, advirtiendo que si no se pone el acento en la prevención temprana de este primer contacto con el alcohol y las drogas, no hay nada más que hablar.

¿Política pública?

Los que saben, denuncian que hasta ahora se han invertido millones de recursos, pero todos desperdigados, y así, más parecen gotas en un inmenso mar que una ayuda concreta y efectiva.

"Hasta aquí, parece claro que el gobierno ha fallado en dimensionar una política clara en torno a la droga", alega Orpis quien

La limitada acción de la policía, coartada por el nuevo marco legal que traspasa con excesiva facilidad el campo del microtráfico y el consumo personal y la labor un tanto incomprensible de parte de los magistrados que muchas veces sueltan a un narcotraficante al mes de estar preso, terminan de configurar el panorama poco auspicioso del que por estos días tantos hablan.

"Falta mucho. Mientras no exista una política pública en torno al tema, un marco legal claro, una prevención básica y una posibilidad de rehabilitación para todos, estamos en pañales", sentencia Schilkut.

Los que saben, denuncian que hasta ahora se han invertido millones de recursos, pero todos desperdigados y así, más parecen gotas en un inmenso mar que una ayuda concreta y efectiva.

previene que no habrá estudio que valga para frenar el problema, por mucha conciencia que genere, si no se toman las medidas correctas para hacerlo.

Si de números se trata, da un ejemplo y concreto: el Conace partió en la vida pública bajo el gobierno de Aylwin con un presupuesto de 600 millones de pesos. Hoy, ya va en ocho mil millones.

María Teresa Chadwick, secretaria ejecutiva de este organismo, recoge el guante.

"Lo que aquí muchos olvidan es que combatir el tráfico y el consumo de droga es tarea de todos y en ese esquema el gobierno asume su responsabilidad".

Sin dar pie a mayores cuestionamientos, se embarca en una lista de iniciativas que coordina el organismo, entre las que destaca los programas de prevención que llevan adelante en los distintos colegios municipales y los particulares subvencionados, con una cobertura de un 90 por ciento de la población escolarizada (en los colegios particulares la iniciativa es privada), y los comités de prevención laboral al interior de las empresas públicas y privadas.

Está consciente de que los recursos son escasos y la ayuda es limitada si se considera que de los 70 mil dependientes que se calculan hoy en Chile, sólo siete mil reciben una respuesta efectiva (de los 17 mil que tienen real voluntad para salir adelante). También reconoce que el presupuesto tendría que ser mucho mayor si se quiere tener un real impacto en lo que se hace. Desde ya tendría que existir un control efectivo en las fronteras que impidiera el ingreso de la droga que proviene principalmente de Perú y Bolivia, a la vez de establecer una mayor vigilancia en los pasos marítimos y en los aeropuertos.

Futuro incierto

Si los recursos son escasos y los pocos que existen a veces son hasta mal invertidos, con programas discontinuados en el tiempo, sin fondos ni explicación, según denuncia Espina, la actual ley de drogas tampoco ayuda demasiado a este sombrío panorama. Es más, en muchos de sus pasajes, la actual legislación es letra muerta. Por ejemplo, si bien ésta consagra un sistema de protección para testigos, este ítem no está financiado, por lo cual, en la práctica, es inoperante.

El consumo y el "castigo" que recibe quien sea sorprendido en ello da pie a un capítulo aparte: el magistrado entrega la opción de pagar una multa irrisoriamente baja o cumplir con un programa de rehabilitación que es casi inexistentes. Tanto como que de los ocho mil millones de pesos que el Conace maneja como presupuesto anual, sólo mil 200 son destinados a la rehabilitación. El año pasado este monto alcanzó para financiar 500 cupos, cada uno incluyendo una terapia de ocho a 10 meses como máximo en circunstancias de que expertos como Schilkut señalan que un tratamiento efectivo no debiera durar menos de dos años, y un día de rehabilitación cuesta alrededor de 50 dólares diarios.

Algunas personas nunca tienen que preocuparse por tener un salón VIP a su disposición. **¿Es usted una de ellas?**

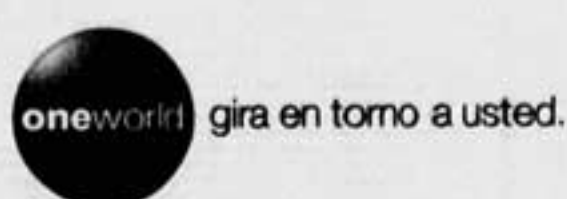


¿Sabía que su categoría de socio viaja con usted, vaya a donde vaya? Nuestra alianza

reconoce los privilegios de los pasajeros frecuentes de categoría superior en ocho de las

principales líneas aéreas del mundo, entre los que se incluye el acceso a más de 340

salones VIP. Bienvenido a oneworld.™



El acceso a salones VIP está reservado a los pasajeros de Primera Clase y Clase Ejecutiva y a pasajeros frecuentes de categorías de elite superiores. Algunos privilegios varían según la línea aérea. Cada una de las líneas aéreas que componen la alianza oneworld se reserva el derecho de modificar las reglas de sus programas de pasajero frecuente, las regulaciones, los boletines-premio y las ofertas especiales, así como de poner fin a su programa de pasajero frecuente de acuerdo con las reglas pertinentes al mismo. Todos los beneficios de oneworld sólo están disponibles para los pasajeros que viajen en vuelos programados, operados y comercializados por una línea aérea de la alianza oneworld. ("Comercializados" significa que su pasaje deberá contener un número de vuelo correspondiente a una de las líneas aéreas integrantes de la alianza oneworld.) LanChile, Aer Lingus, American Airlines, British Airways, Cathay Pacific, Finnair, Iberia y Qantas son marcas comerciales de sus respectivas compañías.

www.oneworldalliance.com

LANCHILE

Aer Lingus

American Airlines

BRITISH AIRWAYS

CATHAY PACIFIC

FINNAIR

IBERIA

QANTAS